

Emma Green

# Cien Facetas del Sr. Diamonds

3. Brillante



Addictive Publishing

Emma Green

# Cien Facetas del Sr. Diamonds

3. Brillante



Addictive Publishing

Emma Green

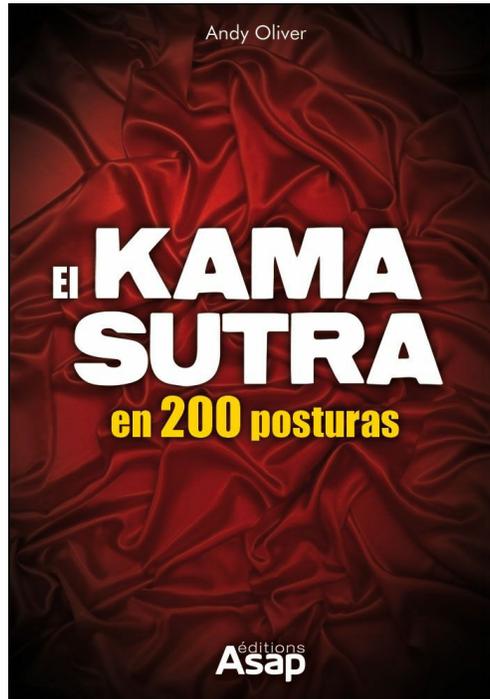
# **CIEN FACETAS DEL SR. DIAMONDS**

## **Volumen 3: Brillante**

**En la biblioteca:**

## **El Kama Sutra en 200 posturas**

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



# 1. Mi otro yo

«Baja, te espero». En la pantalla de mi móvil aparece el nombre de Gabriel. No entiendo el mensaje, aunque parece muy claro. Son las 8.40, todavía me estoy secando el pelo y tengo que salir de casa en menos de un minuto si no quiero llegar tarde a la oficina. Voy corriendo a la ventana de mi piso haciéndome un moño rápido y desde el tercer piso veo a Gabriel en la acera, al lado de una enorme moto negra brillante. Levanta la cabeza hacia mi ventana, me ve y, con ese aire indiferente que me fastidia tanto como me encanta, me tiende un casco gris metalizado. No entiendo nada. Me pongo las botas lo más rápido posible mientras me pasan por la cabeza miles de preguntas, cojo el abrigo y la bandolera, pierdo quince segundos buscando las llaves y bajo corriendo las escaleras que me llevan hasta él. Ese loco. Ese hombre imprevisible por el que estoy colada desde hace dos meses. Ese multimillonario del mundo del vino, hombre de negocios temible y fotógrafo con talento, que sabe hacer todo y todo lo hace de manera impecable. Ese alto rubio con físico de surfista californiano que consigue ser elegante, salvaje, tenebroso, ardiente, adorable y horripilante. Sigo sin saber porqué se interesa por mí, la pequeña becaria de 22 años con una vida de lo más sencilla. Pero sé que no cedería mi lugar a ninguna otra por nada del mundo. Y deben de ser muchas las que se mueren por sus huesos. Pero, ¿con cuántas de esas se acuesta? ¿A cuántas les pone boca abajo en el escritorio de su jefe o les penetra contra la pared de su piso cuando le viene en gana? ¿Rebasa esos límites obscenos con otra? A pesar de que estas cuestiones llevan semanas atormentándome, no me impiden caer en la tentación cada vez que me lo pone en bandeja...

Y, por lo que parece, hoy tampoco tiene la intención de explicarme qué hace en mi calle esta mañana de febrero. Me da un beso frío en la mejilla, me deshace el moño con sus hábiles manos y me pone el casco. Cuando me lo abrocha bajo la barbilla, tiemblo por el contacto de sus dedos sobre mi piel y sumerge su mirada azul hielo en la mía.

—Hoy no trabajas. He hablado con Éric. Bueno, sí trabajas. Hoy trabajas para mí. ¿Has montado alguna vez en moto? Pégate a mí y sigue mis movimientos.

Marca una pausa y añade, con un guiño pícaro que me vuelve loca:

—Sé que lo haces muy bien.

Han bastado seis palabras para que seis mil mariposas se pongan a batir las alas en mi interior. Se gira, se pone el casco, se sienta a horcajadas en la moto y me tiende la mano para ayudarme a montarme detrás de él. Deslizo tímidamente las manos sobre su cazadora de cuero negro mientras él hace rugir el motor. Puedo sentir las vibraciones de los dedos de mis pies en las raíces del cabello. Gabriel arranca de golpe y me veo propulsada hacia atrás. Me coge una mano y hace que le abrace más fuerte por la cintura hasta que me encuentro acostada contra su espalda. Miro cómo va desfilando el paisaje mientras atravesamos París por los boulevards des Maréchaux e intento, en vano, adivinar a dónde nos dirigimos. Al final, cierro los ojos y me dejo embriagar por la velocidad y por la presencia de mi amante, al que me encantaría desnudar ahora mismo.

Cuando Gabriel pone pie en tierra, sigo sin saber a dónde me ha traído. Me quita el casco y me peina delicadamente mientras me mira a los labios con tal intensidad que creo que va a besarme. Pero, sin embargo, apoya su pesada mano sobre mi nuca y me guía hacia el interior de un edificio moderno cuya fachada está formada únicamente por ventanales. Por fin, cuando subimos en el ascensor, me explica:

—Me gustó mucho fotografiarte. Querría que experimentaras otra experiencia. Estoy seguro de que te va a encantar.

—Bfff.... no. Gabriel, apenas me he maquillado, ¡y mira qué pintas llevo!

—No necesitarás nada.

Me pongo tensa, con una mezcla de excitación y de irritación.

—De todas formas me gustaría, aunque sólo fuera por una vez, poder prepararme, tener voz en esta relación.

—Me niego en rotundo. Nunca estás más guapa que cuando algo te coge desprevenida. Piensas que no te conozco pero, por ejemplo, estoy seguro de que ahora estás enfadada, tienes ganas de enfurruñarte como una niña pequeña y salir corriendo. Pero también sé que tienes ganas de mí...

Antes de darme tiempo a responder, me rodea con el brazo y me pone la mano en el trasero atrayéndome hacia él. Nuestros alientos se mezclan, me muero de ganas de que me bese pero se mantiene inmóvil. Se enciende un fuego entre mis piernas y acerco la cara para robarle un beso. Retrocede pero no suelta a su presa. Me mete en los vaqueros la mano que le queda libre, bajo la tela de mi braga y siento cómo desliza el dedo corazón entre mis labios. Me cosquillea el clítoris sin dejar de mirarme, sin besarme, y sigue con sus caricias divinas. Empiezo a jadear, sorprendida por el fulgor de mi excitación, me agarro a su cuello y disfruto de las sensaciones que me produce el roce de su mano en mi sexo palpitante.

—Ahora ya podemos ir.

Gabriel abre la puerta del ascensor y sale delante de mí. Tengo las piernas de plastilina, me cuesta seguir sus zancadas mientras recorremos el largo pasillo que nos lleva a una habitación totalmente blanca, desde el suelo hasta el techo.

—Desnúdate, por favor.

Le fulmino con la mirada, lista para saltarle directamente a la yugular. A la vista de mi silencio y mi aire indignado, se enternece.

—Voy a ayudarte. No quiero perderme ni un segundo de esa mirada. El placer crea una luz única en los ojos de las mujeres.

Se me acerca y pega su contra la mía. Continúa susurrando.

—Me gustaría tener el privilegio de fotografiarte después de haberte hecho gozar. Amande, sería un gran honor para mí. Y, cuando vea estas

fotos tuyas, seré el único en saber lo que sentías en este momento. Hazme este regalo, Amandine. Te lo devolveré de un modo que no puedes imaginar.

Bebo sus palabras y la sensualidad de su voz pronunciando mi nombre me hipnotiza. Le dejo desvestirme como si fuera una muñeca de trapo. Con una delicadeza exquisita, me desabrocha el abrigo, me saca el jersey y la camiseta por encima de la cabeza, se agacha para quitarme los botines y los calcetines, me desabotona los vaqueros y, al mismo tiempo, desliza mis bragas a lo largo de mis piernas. Me encuentro desnuda en esta enorme habitación vacía y fría que me pone la piel de gallina y me endurece los pezones. Gabriel me besa cada uno y me toma por la mano para llevarme a un segundo plano blanco.

En ese momento, vuelve a meterse en la piel del fotógrafo que me inspira admiración. Se coloca, manipula, desplaza, prepara el material. Su rostro muestra los tics de concentración que me derriten. Ceño fruncido, ojos arrugados con unas patas de gallo tremendamente seductoras, boca entreabierta tras la que se oculta una lengua rosa y húmeda dotada de unas habilidades que tan bien conozco... Al contrario que en nuestros habituales encuentros vertiginosos, en esta ocasión tengo tiempo para admirar a mi amante. Sus cabellos rubios bien cortados contrastan con la piel bronceada, su amplia e inteligente frente corona unos ojos de color azul intenso, su nariz recta y elegante, sus anchas mandíbulas viriles rodean unos labios carnosos y finamente delimitados, casi femeninos. Su rostro es una obra de arte. Y su cuerpo de Apolo... ¡un corpazo! Bajo ese jersey malva de *cashmere*, adivino unos hombros anchos, sólidos bíceps, pectorales marcados y una fina cintura. El pantalón gris antracita subraya sus nalgas musculosas y su culo redondeado que no me canso de admirar. Es un portento de la naturaleza así como un icono de la moda. Por mucho que lo analice en detalle, no le encuentro ningún defecto. Se ha subido las mangas y veo las venas hinchadas de los antebrazos, lo que me resulta diabólicamente sexy. En la muñeca izquierda lleva un lujoso reloj y sus potentes manos doradas terminan en unos largos dedos con las uñas cuidadas con una manicura perfecta. Sus gestos son tranquilos, seguros, gráciles. Nunca le he visto ni la más mínima falta de gusto. Su aura me

atraviesa a distancia. Transpira carisma y sensualidad. Aunque está a diez metros de mí, sin hablarme ni mirarme, desata mi deseo. Yo, que siempre he sido mesurada y razonable, me he vuelto golosa, excesiva e insaciable.

Lo que me han parecido horas, no ha durado más que unos segundos. Gabriel ha terminado de colocar sus cosas y, en el fondo de la habitación, una máquina se pone a proyectar sobre mi cuerpo curvas, espirales y arabescos de diferentes colores. Tiendo los brazos para admirar esos reflejos que envuelven mi piel como volutas de humo. La experiencia es conmovedora. Tenía razón. A pesar de estar desnuda ante el objetivo, me siento vestida con los pensamientos de Gabriel. Me acribilla, se mueve, se acerca. El increíble silencio que reina en la habitación sólo se ve interrumpido por los desenfrenados disparos de la cámara. Conforme reduce la distancia que nos separa, me van llegando efluvios de su perfume ámbar. Este hombre tiene el don de hechizarme. Se acerca a una inmensa pantalla que no había visto al llegar y me hace una señal para que me acerque. Se sienta en un gran sofá de cuero oscuro y empieza a proyectar imágenes mías. No me reconozco. Sin duda, es mi rostro, mi cuerpo, pero el resto no se parece a mí en absoluto. Desnuda, me arrodillo a su lado para acercar mis ojos a la pantalla. Es asombroso.

Gabriel, con la mirada henchida de orgullo y con aspecto alegre, me gira hacia él. Me acaricia lentamente el cabello, me pasa un dedo por la frente, por el puente de la nariz y se detiene en mis labios cerrados. Los abre con su índice y me pongo a chuparlo espontáneamente. Me coge una de las manos y la coloca sobre el bulto que deforma su pantalón. Una excitación repentina me quema en el interior. Le suelto la hebilla del cinturón con ansia y me inclino para liberar su erección. Me meto su sexo en la boca, duro y sedoso, y le escucho soltar un primer suspiro. Me acaricia con ternura la mejilla y vuelvo a sumergirme en él, haciéndole cosquillas con la lengua, apretando los labios al ritmo de sus gemidos. Acompaño mis movimientos con la mano e intento atraer su mirada, que disfruta del espectáculo de mi boca. Estoy mojada de deseo y más atrevida de lo que nunca he estado en toda mi vida. Me trago ávidamente su sexo mientras Gabriel desliza la mano sobre mi nuca para marcar el ritmo de mis vaivenes. Jadea cada vez más fuerte y le chupo gimiendo, mi placer

acompaña al suyo. Su sexo se tensa en mi boca, sigo tragándomelo más y más y le veo gozar, con la cabeza echada hacia atrás. ¿En qué, en quién ha pensado cuando saboreaba este momento? ¿En mí, Amandine, o en la otra a la que ha fotografiado transformándome?

## 2.En desorden

Hablas de un regalo. Sigo a Gabriel a primera hora de la mañana sin pedir explicaciones, acepto su juego y me dejo fotografiar, desnuda, caracterizándome virtualmente con proyecciones de colores, participo en su delirio de artista que no alcanzo a entender, me abandono a él sin peros, me promete «devolvérmelo» con creces.... Y ahí me encuentro, arrodillada ante él, confortablemente sentado en su sofá lujoso, devorándole, colmándole, dándole más y más, hasta que el Señor alcanza el orgasmo mirando hacia otro lado, como si yo no existiera. Me dieron ganas de recoger mis cosas e irme dando un portazo. Pero no lo hice. No sabría explicar porqué. Cuando me llevó a casa en moto, me dio un beso en la frente y me habló de una «indemnización» por mi jornada de trabajo perdida, ni siquiera exploté. Creo que hasta me reí:

—Así las cosas están claras. No hay ninguna duda sobre el papel que tengo en tu vida. Te me llevas, haces conmigo lo que quieres, me traes de vuelta y pagas. Clásico.

—Amande, no empieces. Hemos pasado un buen rato, ¿no?

—Por lo que parece, tú sí. Sabes, nunca te he pedido nada. Nunca te he acosado como una enamorada obsesionada. He tomado lo que me dabas, sin pedir nada a cambio, sin esperar nada.

—No tengo nada que ofrecerte. Sólo yo... A veces.

—Pues guárdate tus millones, me basta con un poco de respeto.

—Estás todavía más guapa cuando te enfadas. Y hoy has estado divina. No he olvidado mi promesa, ya lo sabes...

Cuando se me acerca sonriendo, soy consciente de que mi tono arrogante (qué me sorprende a mí misma) empieza a diluirse y decido entrar en casa.

—Me voy, ya veremos la próxima vez...

—¡Mañana! Mañana por la tarde. Puedes venir conmigo a esta dirección

a las 19.00. Es una venta privada. Me gustaría que te probaras algunos vestidos para la gala a la que me vas a acompañar.

Cuando empezaba a girarme, volví para cogerle la invitación. Mi corazón se acelera. No sé si es por la idea de los vestidos de princesa, la perspectiva de ir a una «gala» cogida de su brazo o, simplemente, por su propuesta de ir de compras con él. Los dos, juntos, en un lugar público, en posición vertical y vestidos. Una pareja normal. Nada más lejos de la realidad. Pero podré disfrutar imaginándolo durante una tarde...

A las 19.15, llego a la avenida Marceau y me encuentro frente a la boutique de una gran casa de costura francesa. Las cinco letras doradas de la marca bastan para darme vértigo. Compruebo la dirección de la tarjeta por quinta vez. Pensé que «sería conveniente» retrasarme un cuarto de hora para no parecer una fan histérica por la idea de probarse ropa que nunca podrá llevar. Así, Gabriel tendría tiempo de llegar antes que yo. Plan fracasado. Todavía no está ahí y me quedo plantada ante el gran edificio de color blanco puro, incapaz de despegar la nariz del escaparate. Dos manos heladas me tapan los ojos, me doy la vuelta y me contengo para no saltarle al cuello, estoy entusiasmada. Me da un repaso de pies a cabeza y, con un guiño, me indica que no me he equivocado. Menos mal, porque el día anterior me pegué tres horas vaciando mi armario para terminar eligiendo un vestido de punto color crudo, con una fina correa de cuero a modo de cinturón y a juego con mis botines de tacón. Con naturalidad, Gabriel avanza delante de mí y me abre la puerta de la boutique.

Los techos son extraordinariamente altos, las luces centelleantes se reflejan sobre un suelo blanco barnizado en el que puedo ver mi reflejo y una decoración contemporánea de un claroscuro de grises contrasta con las molduras antiguas de las paredes. Nunca había visto tanto lujo. Intento caminar con paso firme, siguiendo los consejos de mi madre («Amandine, ¡lo importante es el porte!») mientras atravesamos diferentes salones, cada uno más deslumbrante que los anteriores. Finalmente, llegamos a una habitación inmensa dedicada a la colección de un famoso diseñador que he visto en foto en las revistas de moda. Me cuesta contenerme para no ponerme a gritar de emoción. Si Marion estuviera ahí (y nadie nos mirara),

nos pondríamos a saltar como locas. A lo largo de la pared, unas estructuras plateadas presentan una decena de vestidos de una suntuosidad que no había visto en mi vida.

Gabriel es el primero en hablar.

—Me encanta ese brillo en tus ojos. ¿Cuál te gusta?

Le respondo susurrando.

—No sé, todos. Nunca me atrevería a probármelos.

—Podría comprártelos todos para que te los probaras sola en tu minúsculo cuarto de baño, pero perdería todo su encanto. Y no estoy dispuesto a desaprovechar la oportunidad de verte haciendo un *striptease*.

También él ha bajado la voz al pronunciar esta última frase tan sugerente. Un vendedor muy elegante, con aspecto latino, viene a ayudarnos a escoger y nos guía a un vestidor enorme que mide, como poco, el doble que mi piso. Gabriel se sienta con aire despreocupado en un sofá que parece recién sacado del siglo XVIII y yo me encuentro en un probador gigantesco en compañía de un efebo llamado Pablo, que me informa de que se encuentra a mi entera disposición. Me ayuda a ponerme un vestido color *nude* con tirantes finos y un tutú opulento que me ha encantado. Levanta la cortina y salgo, descalza y despeinada, ante la mirada divertida de Gabriel. Mala elección. Me veo en el gran espejo y mis carcajadas son tales que parezco un poco tonta. Una alumna de ballet patosa llegando a su primer curso de danza clásica. Gabriel le hace una señal a Pablo para pasar al siguiente. No se molesta siquiera en cerrar las cortinas y deja caer el vestido a mis pies en un abrir y cerrar de ojos. Me encuentro en ropa interior con un desconocido y veo a un Gabriel sonriente inclinar la cabeza para disfrutar del espectáculo.

Dos vestidos más tarde, empiezo a impacientarme. Podría pasármelo pipa probándome ropa durante todo el día pero la mirada reprobadora de Gabriel y el exceso de confianza de Pablo terminan por cansarme. No imaginaba que los vendedores de alta costura serían tan sobones. Sin duda, está acostumbrado a desnudar y volver a vestir a decenas de modelos

ligeras de ropa durante los desfiles, pero yo tengo un poco más de pudor. Me gustaría que se marchara y cediera su lugar a Gabriel. Pero las pruebas siguen y Pablo regresa con una «sugerencia» que le gustaría probarme. Su encantador acento desgrana razones que pretenden ser convincentes: «Un vestido largo de tubo que me hará parecer más alta y me marcará la cintura, su color azul noche me adelgazará y queda perfecto con las pieles de color tan pálido como la mía». Le fusilo con la mirada.

—Señorita, si me lo permite, con el *bustier* no debe llevar sujetador.

—Sí, sí, me bajaré los tirantes.

—Me permito insistirle, el sujetador va a romper la línea de la creación.

Me rindo suspirando y hago contorsiones para desabrocharme el sujetador. Los dedos me tiemblan por los nervios, el broche se me resiste y Pablo me asusta al acercarse por detrás para ayudarme. Intento captar la mirada de Gabriel para que venga a salvarme pero lo que leo en sus ojos se parece más bien al deseo febril que tan bien conozco. Asiente con la cabeza para invitarme a dejarme hacer.

Pablo me aparta el pelo a un lado de la nuca, me desabrocha el sujetador y lo deja caer por mis brazos. Después, se arrodilla ante mí, con su cara a la altura de mi pubis, para ayudarme a meterme el estrecho vestido. Mi incomodidad aumenta cuando me lo va subiendo poco a poco por las piernas. Siento cómo sus dedos acarician mi piel con demasiado interés. Y su sensualidad no me deja indiferente. Con las piernas ceñidas en el vestido, estoy a punto de caerme y me agarro a sus hombros para mantenerme en pie. Me mira con una sonrisita pícaro y desvío inmediatamente la mirada para encontrar la de Gabriel. Vidriosa. Cejas ligeramente fruncidas. Cabeza ligeramente inclinada, entre la curiosidad y la irritación. Quizás también una pizca de celos. Una mirada que me embriaga. Me gustaría quitarme el vestido y lanzarme ahora mismo sobre él. Pero Pablo sigue con su escenita y se coloca tras de mí para ajustarme el vestido a mi pecho. Me sube con delicadeza cada pecho para que salgan lo justo del bustier. Siento la impaciencia de Gabriel. Cruza y descruza las piernas en el sillón y juega con los dedos en los anchos brazos. No le aparto la mirada para que admire el resultado pero ahora ya ha dejado de

mirarme a los ojos. Pablo me señala las nalgas con la barbilla y roza con el dedo la goma que se me marca en la cadera:

—Me parece que estas costuras también sobran.

Gabriel se levanta de salto, va directo hacia mí y le dice a Pablo:

—Ya me ocupo yo. Nos llevamos esta.

Y, después, se dirige a mí febrilmente:

—Deberías quitártelas, Amande. Antes de que deje de ser llevable.

Mientras desliza sus dedos por mi escote redondeado, noto la mano experta de Pablo bajar la cremallera por un lateral. Estoy atrapada entre estos dos hombres apuestos, un desconocido, un moreno caliente que me hiela la sangre, y mi amante, rubio y glacial que despierta un deseo ardiente en lo más profundo de mi ser. Cuando la tela color azul noche me cae a los pies, Gabriel tiene las dos manos pegadas a mis pechos y siento como Pablo me baja lentamente la braga. No estoy segura de que me guste este juego de cuatro manos, en el que no he aceptado realmente participar, pero por nada del mundo querría frenar el impulso de Gabriel, que parece desearme más que nunca. Pablo desaparece de la escena como un torbellino, llevándose mi precioso vestido y, para mi sorpresa, descubro la potente erección de Gabriel, al que ni siquiera he visto desnudarse. Me separa las nalgas con las manos, me coge para pegarme contra la pared del probador, cuya cortina se ha quedado abierta. Me levanta del suelo y mete la cabeza entre mis pechos antes de introducirse en mí. Este ardor delicioso me hace soltar un grito ahogado y me moja de placer. Entre jadeos, se desliza en mi intimidad más rápido y más fuerte que nunca y siento una potente ola de placer romper contra todo mi cuerpo. Su propio placer me sorprende, me penetra a sacudidas sofrenadas y brutales mientras gruñe. Su virilidad me inunda entera y un potente orgasmo hace temblar mi cuerpo enredado en el suyo. Gabriel se aparta rápidamente y me deja caer en el suelo y susurra con voz ronca:

—Esto es lo que te pasará cada vez que dejes a otro hombre ponerte las

manos encima.

### 3. La prisionera

El lujoso vestido azul noche está colgado de la puerta de mi armario. Llevo minutos mirándolo, sentada en la cama, con cara de felicidad y las piernas colgando. Voy a terminar por saberme de memoria todos los pliegues y repliegues del tejido satinado. Aún me pregunto cómo voy a poder meter ahí mi cuerpo patoso y moverme con la gracia necesaria en esa famosa gala. Aún me pregunto cómo me lo pudo quitar Pablo tan deprisa para dejarme a solas con Gabriel. Aún me pregunto en qué fracción de segundo esa sesión de pruebas se convirtió en un arrebato tórrido contra la pared. Aún me pregunto cómo le pude dejar hacerme el amor en el probador de una casa de alta costura, con la cortina abierta. Rememoro una y otra vez las cinco cifras de la factura que el vendedor entregó a Gabriel. Sin coma. Una cifra seguida de cuatro ceros, estoy segura. Y todas estas preguntas me llevan a otra: ¿en qué momento de mi vida dejé de ser una becaria trabajadora con un sueldo precario para convertirme en la chica que mantiene relaciones para que le regalen un vestido que cuesta más de 10.000 euros? Sea cual sea la respuesta, creo que nunca tendré el valor para poner fin a esta historia pasional con Gabriel. Este pensamiento me abruma. Me acuesto sobre la cama. Con los ojos clavados en el techo y el estómago hecho un nudo, me confieso en secreto que estoy colada por él. Me ha convertido en su rehén siendo el más dulce de los verdugos. La vibración del móvil me saca de mi embelesamiento.

Un mensaje. Creo que será Marion para volver a sermonearme. O mi madre para pedirme que vaya a verlos. «La inauguración tendrá lugar el sábado por la noche. Yo estaré ya ahí, mi chofer pasará a buscarte para traerte. Ardo de impaciencia por verte con tu vestido. Y sin él.» Se me acelera el pulso. Sin duda, es el mensaje más largo que me ha escrito Gabriel. Y el más amable. Pero, como siempre, me desconcierta. Creía que íbamos a una gala. ¿Una inauguración? ¿Inauguración de qué? Y, sobre todo, pensaba que íbamos juntos. ¿Para qué me compra este vestido super caro si no es para lucirlo conmigo? Me siento emocionada y decepcionada

a la vez. Aunque ya debería haberme acostumbrado, Gabriel nunca cumple sus promesas. Tiene el don de cultivar el misterio y, lo que es peor, de cambiar las reglas cuando el juego ya ha empezado. Esta velada cogida del brazo de mi amante podría haber resultado fabulosa pero corre el riesgo de convertirse en un fiasco. Voy a volver a encontrarme sola, rodeada de desconocidos, a tener que poner buena cara en una exposición de la que nada sé y a ver a Gabriel brillar ante su corte. Y, después, cuando a él le venga en gana, dejará de ignorarme y se me follará. Con un largo suspiro de hartazgo, decido no pensar en eso hasta el sábado... y hasta decidir qué actitud voy a adoptar.

Gabriel no me ha enviado un taxi normalito a recogerme. Una pequeña limusina negra me lleva por las calles de París y el chofer hace todo lo posible para que me sienta cómoda. Cuando me deja delante de la galería, ya repleta de gente, cientos de miradas se dirigen hacia mí. Intento sacar fuerzas de flaqueza pero no consigo reunir el valor necesario para salir del lujoso coche. Me imagino torciéndome el tobillo sobre mis tacones demasiado altos, cayéndome de bruces en la acera, rasgando mi bello vestido ceñido en las nalgas y pasando la vergüenza de mi vida. Todo ello sin hablar de la mirada despectiva que me lanzará Gabriel. Pero le veo acercarse y abrirme la puerta. Me tiende la mano para ayudarme a salir y su sonrisa de orgullo me llena de alegría. Está vestido con un traje azul oscuro, a juego con mi vestido, con una fina corbata y un pañuelo de seda del mismo color, que confieren a sus ojos un azul profundo, casi negro. Me impresiona, como si fuera la primera vez que le viera. Tras un rápido besamanos que me acelera el corazón, me guía al interior y retoma la conversación donde la había dejado. Los otros invitados le invitan y puedo deslizarme más discretamente entre la multitud.

Con una copa de champán en la mano para guardar la compostura, descubro por fin el tema de la exposición. Yo. Enmarcada, en imágenes acristaladas, en todos los sentidos y en todas las posturas, en fotografías de tamaños espantosos. Grandes planos de mi cara, desnuda de pie, de espaldas o frente al objetivo. Recostada boca abajo, con las nalgas a la vista, *zooms* de mis pechos erguidos de perfil, impúdica como nunca he sido. Mi desnudez apenas disimulada por las imágenes que Gabriel

proyectaba en mi cuerpo durante la sesión fotográfica. Recorro los pasillos de la galería, estupefacta, furiosa, ruborizada y más aterrorizada con cada nueva fotografía. Me encuentro con la mirada de algunos invitados, algunos me parecen compasivos y otros molestos. Muerta de vergüenza, vacío mi copa de golpe y vuelvo a la entrada de la galería para buscar a Gabriel, golpeando en los hombros a unas cuantas personas pero ni se me pasa por la cabeza pararme a pedir disculpas. Me lo encuentro hablando con tres mujeres maduras, demasiado maquilladas, que le tocan cada vez que tienen la ocasión y ríen a carcajadas. Le fulmino con la mirada y me planto ante él, dándoles la espalda a esos vejestorios. Dan un paso hacia atrás y me rodean para continuar con su escenita de seducción. Gabriel me mira indignado y, después, me ignora. Siento cómo me invade la rabia y el champán me confiere un valor que no sabía que tuviera. Le cojo por el codo y le llevo al exterior con una última sonrisa forzada para sus interlocutoras, visiblemente irritadas.

—¿Te estás riendo de mí? ¿Qué es todo esto?

—Que sea la primera y última vez que te comportas así, Amande. Está totalmente fuera de lugar. Esta gente ha venido por mí.

—¿Fuera de lugar? ¡Esto es el colmo! Y fotografiarme desnuda para exponerme en tu inauguración sin pedirme mi opinión, ¿cómo llamas tú eso? ¿Has visto cómo me mira esa gente?

—Amandine, estás sublime en esas fotografías, sin duda. Pero creo que tu notoriedad termina ahí. Nadie sabe que eres tú. Mira, ¡estás irreconocible! Han venido para admirar mi trabajo, no a mi modelo. Y, si has terminado tu crisis nerviosa, voy a volver a hacer lo que esperan de mí.

—¿Y yo, Gabriel? ¿Yo? ¿Te has preguntado una sola vez lo que esperaba de ti? ¿Se te ha pasado por la cabeza avisarme o preguntarme si estaba de acuerdo?

—Nunca lo habrías estado. Me están esperando, voy a entrar. Y deberías ir a disculparte.

—¡Qué te jodan!

Se me acerca y me coge la cara entre el pulgar y sus dedos apretados. La fuerza de su mano contrasta con la dulzura de su voz.

—Será un placer. Entra y sube al segundo piso. Te seguiré de lejos. No te vuelvas, no me hables, no me mires. Espérame ahí.

La brutalidad de sus gestos y de sus órdenes me deja petrificada. Y encienden una llama en mi interior. He seguido los consejos de Pablo, no llevo nada debajo del vestido, y siento cómo mi sexo se humedece entre mis piernas. Entro como una zombi en la galería, ya no veo las fotos ni a los invitados, casi ni escucho a Gabriel pedir disculpas a sus invitados y me dirijo hacia el fondo. Subo por una amplia escalera de mármol, subiendo cada escalón con cuidado, con una mano agarrada a la barandilla, y con la otra sujetando el vestido. Llego a un despacho inmenso de unos cien metros cuadrados y voy hasta la inmensa vidriera ligeramente inclinada hacia la calle. Escucho los pasos de Gabriel acercándose y le veo dirigirse a un escritorio de madera maciza del que saca uno o dos objetos. No distingo de qué se trata, sólo veo un reflejo plateado y un tintineo metálico. Avanza hacia mí con mirada de loco. Mi excitación se mezcla al miedo, me cuesta tragar. Mi peligroso amante desliza un par de tijeras heladas entre el vestido y mi piel. Corta el tejido entre mis pechos hasta el ombligo y termina el trabajo rasgando el vestido con sus manos viriles. Miles de euros reducidos a la nada. Mi dignidad corre la misma suerte. Desnuda y humillada, ansío saber qué vendrá después con tanta aprehensión como impaciencia. Gabriel me coge la mano, la lleva a mi sexo mojado y después la dirige a su boca. Mientras la besa, me rodea la muñeca con una esposa y coloca la otra en el soporte de un alto radiador. Le dejo hacer, sin reaccionar. La idea de ser su prisionera alimenta mi deseo y me doy cuenta de que me falta el aliento aunque ni siquiera me he movido.

Gabriel da un paso atrás para admirar a su presa. Se guarda la llavecita de las esposas en el bolsillo interior de su chaqueta y se desabrocha el cinturón desafiándome con la mirada. Abre el envase de un preservativo con los dientes y escupe un trozo al suelo sin quitarme los ojos de encima. Los míos se desvían a su enorme sexo, rosado y tenso, que pronto se cubre por una fina capa de látex. Ahora nada le impide penetrarme y se lo pido con voz suplicante:

—Ven, tómame.

—No te oigo.  
—Tómame, por favor.  
—Haz un esfuerzo, no te entiendo.  
—¡Fóllame!

Le he confesado mi deseo gritándole a la cara, inconsciente de la vulgaridad de esa palabra que nunca antes había pronunciado. Pero me doy cuenta del efecto que ha tenido en mi amante. Se humedece los labios, me abre mis piernas desnudas con las rodillas, coge su sexo con una mano y aplasta su glándula contra mi clítoris, dolorosamente hinchado. Mis gemidos de placer se transforman en gritos salvajes cuando se introduce en mí sin avisar.

Después, abre la esposa que me tenía sujeta al radiador, me gira, me abraza esta vez las dos manos detrás de la espalda y me aplasta contra el cristal frío, con su cuerpo pegado al mío. Desde el ventanal se ve la calle, las idas y venidas de los mirones en la acera y los invitados de la inauguración a los que había olvidado. Me doy cuenta de que bastaría con que levantasen la mirada para descubrir el espectáculo de mi cuerpo desnudo moviéndose al ritmo de las embestidas de mi amante. Desde el segundo piso de su lujosa galería de arte, Gabriel me pone a la vista de todos los transeúntes. Con las dos manos colocadas sobre el cristal, una a cada lado de mi cara, me penetra por detrás, intensamente, y yo cierro los ojos y me dejo llevar por la potencia de sus envites. De repente, me coge por el pelo y me dice:

—Mira delante de ti. ¿Querías montar un espectáculo? ¡Toda la calle va a ver cómo te corres!

Sigue al asalto de mi cuerpo y sus vaivenes sumados a mis manos esposadas me excitan hasta que alcanzo un orgasmo lleno de rabia.

## 5. Ingravidez

Hecha un ovillo en la cama, me sorbo los mocos como una tonta, todavía cubierta por el olor y la chaqueta del traje de Gabriel. Es lo único que llevaba cuando su chofer me trajo a casa en mitad de la noche. Su último gesto de galantería después de haberme desnudado haciendo trizas mi bonito vestido con tijeretazo. Todavía tengo tatuadas las huellas de las esposas en mi muñeca y todavía puedo sentir el frío contacto del cristal contra la piel de mi vientre y de mis pechos. Y, sobre todo, mi cuerpo conserva el recuerdo indeleble de las grandes manos potentes cogiéndome el pelo, agarrándome los hombros y moviéndome rítmicamente las caderas. Y mi sexo, dolorido, guarda las huellas del paso de Gabriel, viril, salvaje, bestial. Las lágrimas que me recorren las mejillas tienen el sabor amargo de la humillación... y del placer que he experimentado.

Revivo ese momento confuso de la noche y analizo las últimas semanas de mi vida. No sé si debería estar contenta o darme asco. ¿Puede ser un poco de ambos? El cansancio me impide pensar. Pero un extraño malestar también me impide dormir. Habría podido, habría debido sentirme halagada por esta exposición dedicada exclusivamente a mí, apreciar la sorpresa y sus obras de arte aparentemente muy logradas, presumir de ser la musa de un brillante millonario, fotógrafo en sus ratos libres. En lugar de eso, he reaccionado con exceso y espontaneidad, sintiéndome violada, engañada. En realidad, Gabriel me ha castigado por haber sido yo misma. No le ha gustado verme entera, inmadura, iracunda, exigiéndole explicaciones e incluso una disculpa. Quizás he ido demasiado lejos, he hablado sin pensar, le he montado una escenita en el peor momento. Pero este hombre sin defecto alguno no soporta los demás. Él, que controla a la perfección sus emociones, odia perder el control de la situación. Y no consiente que le planten cara. No ha encontrado mejor castigo que atarme y convertirme en su objeto sexual. Y he aceptado sin rechistar. Incluso le he pedido más. Si me pego todo el domingo llorando no es por vergüenza, remordimientos ni enfado, es por el miedo a haberle perdido.

Yo creía ser una joven libre e independiente que nunca estaría a las órdenes de ningún hombre, tal y como me lo inculcaron mis padres durante 22 años. Todas mis tesis feministas han quedado reducidas a cenizas. Y la única explicación que encuentro, la más estúpida y la más cliché es que con él es diferente. Me pongo boca abajo y meto la cabeza bajo la almohada para olvidar que acabo de pensar algo así. Pero el olor de su perfume impregnado en la chaqueta desvía mi atención. Los recuerdos de su cuerpo impregnados en mi piel me transportan a otro lugar. Me embriago con su olor, con este deseo de más y más. Estoy en las nubes. Me despierta de este sueño un concierto de cláxones que atraviesa las delgadas ventanas. Un estúpido debe de estar taponando la calle otra vez sin preocuparse del resto y tres gruñones bloqueados deben de expresar su irritación escondidos detrás del volante. Esta explosión de egoísmo y de cobardía me enfurece. La personalidad exigente de Gabriel se me debe de estar pegando. Me levanto de un brinco y corro a la ventana para protestar a gritos. Ya son dos broncas en dos días. Me inclino en la barandilla, sólo veo un coche en la calle, un imponente 4x4 negro, y una mano enguatada tamborileando sobre el montante de la ventanilla bajada.

Gabriel saca la cabeza y, después del sedoso cabello rubio, su preciosa cara serena y sonriente. Su voz grave llega hasta el tercer piso, sin necesidad de gritar:

—¿Te despierto? ¿Puedes vestirte un poco más y estar abajo en cinco minutos? Voy a llevarte a un sitio.

Abro los ojos como platos y se me olvida cerrar la boca. Me miro a mí misma: desnuda bajo esa chaqueta abierta que me queda enorme.

—¡Dame diez minutos!

—No te olvides de mi chaqueta. Ni de tu pasaporte.

Corro arriba y abajo en mi apartamento, encuentro un bolso grande de lino, me meto un jersey, tres bragas, voy al aseo para buscar el cepillo de dientes, abro el grifo de la ducha, me echo hacia atrás y, al final, le echo valor y me pongo debajo del chorro para darme una ducha-depilación

expres, me seco, me pongo un culote y unos vaqueros mientras me froto el pelo con una toalla. Doy saltitos tratando de ponerme un calcetín al tiempo que me lavo los dientes. Cojo una camiseta limpia y me la pongo sin sujetador. Meto dos más en el bolso, otro jersey y me dejo puesto un tercero. En el cuarto de baño, cojo un *rimmel* y un cepillo, doy una vuelta inútil por la habitación, me pongo los botines tropezando y me hago un lío con los brazos intentando meterme el abrigo y colgarme el bolso al mismo tiempo. Un poquito de perfume, cierro la puerta del apartamento y, mientras bajo por las escaleras, aprovecho para asegurarme de que llevo el pasaporte en la cartera. Me subo en el 4x4 en el lado del copiloto, me siento al lado de Gabriel, con las mejillas sonrosadas y el pelo chorreando, y cierro la puerta demasiado fuerte. Pido perdón con zalamería y le salto al cuello para darle un beso en la boca. Su risa sincera y su mirada tierna me cogen desprevenida. Arranca y me coloca su inmensa mano sobre la pierna y me paso el resto del trayecto acariciándole los pelitos de la nuca. Da igual dónde vayamos, no puedo ser más feliz.

—¿Has viajado antes en avión?

—Por favor... Ya sé que soy una cría sin mundo ni experiencia pero, ¡no para tanto!

—Vale, vale. ¿Has viajado en avión sola?

—No, mi querido papá me acompaña siempre. Y me coge la mano cuando tengo miedo. Además, me prohíbe hablar con desconocidos en coches.

Gabriel se echa a reír a carcajadas.

—Había olvidado que podías estar de buen humor.

—Ja, ja. ¿De quién es la culpa?

—Lo que quería preguntarte es si has cogido un avión en el que tú fueras la única pasajera.

—¿Qué? ¿Un jet privado? ¿Sólo tú y yo?

—Y alguien más de personal de a bordo. Y un piloto también nos vendría bien.

Ahogo un grito de alegría con los puños cerrados y pataleo con los pies

el suelo del coche.

—¿A dónde vamos?

—Ya te he contado demasiado. Pero, por si te interesa, no trabajas esta semana. Éric piensa que te mereces una semana de vacaciones.

—¡Es verdad! ¡Trabajo muy duro para su principal cliente!

—Durante los siete próximos días, no hablaremos de trabajo. Sólo de placer.

Vuelvo a abalanzarme sobre él, le beso por todas partes, en la mejilla, en el cuello y mi mano temeraria se coloca sobre su sexo.

Cuando subimos al pequeño avión, descubro unos amplios sillones de cuero color crema, mobiliario brillante de raíz de nogal y dos azafatas con traje y una sonrisa perfecta. Tengo la impresión de ser una estrella de rock. Tras el despegue, me sirven una copa de champán. No sé a dónde mirar. A Gabriel, su belleza deslumbrante y su naturalidad, que puede hacerme olvidar el jet privado, o por la ventanilla para disfrutar del cielo y de las nubes con mis ojos de niña curiosa. Gabriel atrae mi atención cuando me acerca un pequeño mostrador con ruedas.

—No me siento orgulloso de la suerte que corrió ayer tu vestido de noche. Pero tengo algo para que me perdones. Llevas la 38, ¿no?

Con un aspecto muy concentrado, desembala pantalones de esquí, jerséis finos de *lycra*, plumas y anoraks de colores, botas de nieve y gorros.

—¿Mejor blanco o azul? Ah, también hay fucsia. ¿Cuál prefieres?

—¿Otra vez quieres que montemos el numerito de los probadores?

—Umm... Si quieres puedes quedarte con la ropa que traes de París. Pero corres el riesgo de pasar frío. Hay un probador cerrado justo detrás.

—No es necesario.

Me bebo un trago de champán, me levanto y me planto delante de su sillón. Tengo unas ganas locas de él. Me desvisto lentamente y el chasquea los dedos para echar a las azafatas. La temperatura del avión hace que se me pongan erectos los pezones y la carne de gallina crea un cóctel

explosivo con el calor de mi interior.

—Si no me ayudas, voy a coger frío.

—Tú me estás poniendo muy caliente. Ven aquí.

Me acerco a Gabriel, que sigue sentado en el sillón y se quita el jersey por encima de la cabeza. Nunca había visto a un hombre despeinado tan sexy. Me coge las manos y me las coloca sobre su bragueta. Le desabrocho los botones uno a uno. Levanta el trasero para ayudarme a quitarle el pantalón y me arrodillo para desatarle los zapatos y desnudarle por completo. Me coge las caderas, se inclina hacia mí, besándome suavemente la parte inferior de mi vientre, antes de deslizar la lengua entre mis labios húmedos. Mi sexo se ondula para pedir más pero Gabriel se aparta para pasar a chuparme el vientre, subir hasta mis pechos, mi cuello y mi boca. Su beso con sabor a sexo me excita todavía más.

Gabriel me atrae hacia él y me sienta a horcajadas sobre sus piernas desnudas sin dejar de besarme ávidamente. Enreda una mano en mi cabello y con la otra me cosquillea mis duros pezones. La proximidad de nuestros sexos multiplica mi deseo y mis gemidos. Le acaricio con suavidad, resistiendo a las ganas de introducirlo en mí sin mayor dilación. Gabriel me mete el dedo corazón y frota el pulgar rítmicamente sobre mi clítoris hinchado y dolorido. Estas sensaciones sumadas a las vibraciones del avión producen un efecto delicioso. Nuestras manos y caricias se mezclan en una maraña de placer y jadeos. Me froto contra sus hábiles dedos y me corro por primera vez, casi en silencio. Este orgasmo clitoriano fulgurante acrecienta mi apetito interior. Hiervo, literalmente. Gabriel responde a este deseo urgente levantándose por los glúteos para colocarme sobre su miembro erecto. Él también suelta un largo suspiro de alivio y me coge el culo para marcar el ritmo de mis movimientos. Describo círculos con las caderas y veo como Gabriel baja los ojos para disfrutar del espectáculo de nuestros cuerpos encajados. El avión atraviesa una zona de turbulencias y el movimiento del avión hace que el sexo de Gabriel se introduzca más en mí. Se me escapa un grito y mi amante, jadeando, aprovecha para acelerar la cadencia de mis caderas. Le rodeo con las piernas y llego al séptimo cielo temblando. Continúa penetrándome profundamente y me abraza

fuerte entre sus viriles brazos antes de terminar dentro de mí, con un potente alarido que amortigua el ruido ensordecedor del avión. Nos desmoronamos en el sillón de cuero, exhaustos y sudorosos, con nuestros dos cuerpos en estado de ingravidez.

## 5. Aire caliente y frío

Cuando aterrizó el jet privado, no tenía ni la más remota idea de dónde nos encontrábamos y Gabriel se divertía manteniendo el misterio. Tenía miedo de hacer el ridículo con la ropa que había elegido en el probador aéreo: pantalón de esquiar blanco, anorak fucsia ceñido y botas de esquiar de piel artificial color rosa pastel. Al llegar, veo que no desentono en absoluto en este pueblo de montaña tan chic. Gracias a los escaparates de las tiendas de las bonitas calles peatonales, me entero de que hemos llegado a la pista de aterrizaje de la exclusiva estación de esquí de Gstaad, Suiza. Imagino que, en cualquier momento, nos cruzaremos con algún famoso. Pero el frío de febrero y las carreteras cubiertas de nieve han debido de echarles atrás. Casi estoy decepcionada. Intento seguir sin resbalarme las grandes zancadas de Gabriel, que no se molesta en esperarme y me mete la mano en su bolsillo y, después, en su guante para darme calor. ¿Cómo se puede ser tan viril y tener al mismo tiempo una piel de bebé tan suave? Entrelaza sus dedos con los míos, sin mirarme, y yo levanto la mirada, con admiración, para apreciar su porte altanero, la mandíbula apretada por el frío, el vapor que sale de sus labios perfectamente definidos, el perfil perfecto de su nariz y las patas de gallo tan sexies que se le forman en los ojos cuando entorna los ojos y mira hacia adelante. No imaginaba que esta impresionante carcasa pudiera esconder a un ser tan delicado. Y su gusto por el lujo, los objetos bellos y los lugares mágicos, tan alejado de mi mundo, me atrae cada vez más.

Llegamos delante de un gigantesco chalet de madera con balcones repletos de flores. Gabriel se mueve como si estuviera en su casa. Sin duda, lo está. En el primer piso, unas enormes puertas acristaladas dan a una vasta terraza desde la que se ven las montañas blancas que surcan el cielo azul. La vista es magnífica. Inspiro profundamente este aire puro al que no estoy acostumbrada y Gabriel, a menudo desganado o enfadado, parece también más tranquilo, revitalizado. Me pregunta si el viaje me ha abierto el apetito y me anuncia que tenemos reservada una mesa para cenar en un

restaurante. Le pregunto qué ropa es la adecuada, para evitar equivocarme una vez más, y su respuesta se limita a encoger los hombros. Imagino que puedo quedarme así. Antes de marcharnos, Gabriel coloca delante de mí una caja rectangular de piel color verde oscuro. La abro, con una mezcla de ansia y excitación, y descubro un suntuoso reloj de mujer, hecho de acero y oro rosa, firmado por una famosa marca suiza y, sin duda, de un precio desorbitado.

—No sabía si preferías el oro o la plata. A mí me gusta la unión de ambos.

—Es perfecto. Realmente sublime.

—Me alegro de que te guste. Hay otro regalito debajo. Bueno, es para los dos.

Levanto el cojín de terciopelo y descubro un objeto extraño, rosa y liso, con forma de cohete. No sé muy para qué sirve.

—A esto le llaman «huevo». Asombroso, ¿no te parece? No me gusta el nombre pero me encanta el concepto.

Gabriel saca del bolsillo un pequeño mando a distancia, también de color rosa, pulsa el botón sonriéndome y el pequeño cohete se pone a vibrar entre mis dedos. Se me acerca sensualmente y me susurra:

—Amande, ¿te apetece divertirme un poco conmigo?

Esbozo una sonrisa pícaro y Gabriel se arrodilla, me baja la cremallera del pantalón, desliza la mano dentro de la braga y me acaricia suavemente. Le agarro el cabello, gimiendo mientras me coge el objeto de la mano. Me introduce un dedo, mi intimidad húmeda acoge el huevo y mi amante lo acciona. Este cosquilleo vibrador en el hueco de mi vagina me sorprende y me da gustito ; Gabriel parece muy orgulloso de su nuevo juguete.

Un chofer nos lleva a través de Gstaad en un lujoso coche gris oscuro que no había visto nunca. Puede que sea el décimo coche en el que me monto desde que conozco a Gabriel. En el trayecto, me sobresalta dos veces haciendo vibrar el huevo a mitad de una conversación. A pesar del

frío de la noche de febrero, el ambiente se calienta. Cenamos en un restaurante de lo más suntuoso. Ni siquiera nos traen un menú, sólo una selección de sugerencias del chef que picoteamos entre los dos. Por primera vez en mi corta vida, pruebo un caviar negro y brillante con un gusto absolutamente divino. Todos los platos son un auténtico manjar de una fineza increíble. Gabriel se divierte sazonando cada uno de mis placeres culinarios con una deliciosa vibración que siempre me coge desprevenida. Terminamos la cena con un postre de chocolate que saboreo hasta la última miga. Tengo que contenerme para no chuparme los dedos. Y mi malicioso amante, sin dejar de mirarme a los ojos, aprovecha para volver a accionar su juguetito, esta vez durante más tiempo... lo suficiente para que sea la primera en pedir que nos vayamos.

De vuelta al coche, Gabriel pulsa un botón para subir el cristal opaco que nos separa del chofer. Después me echa sobre el asiento de cuero besándome fogosamente. Desliza la mano helada bajo las capas de anorak y de jerséis para manosearme el pecho. Un fuego se enciende en mí interior y no se cómo su otra mano hace vibrar mi intimidad cuando menos me lo espero. No se me olvida que el chofer está al otro lado del cristal así que me muerdo los labios para evitar gemir de placer. Gabriel esconde la cabeza entre mi cabello, me besa, me chupa y me muerde la zona extremadamente sensible situada entre el cuello y los hombros. Me vuelve loca. Sigue jugando con su aparatito con el mando a distancia escondido en el bolsillo. Le veo observar el efecto que me provoca su juguete y los incontrolados movimientos ondulatorios de mi vagina parecen agradaarle. Sigo totalmente vestida pero mi excitación es mayor que nunca, necesito sus caricias. Creo que Gabriel ha decidido que llegue al orgasmo sin tocarme. Y, a pesar de mi intensa frustración, parece dispuesto a conseguirlo. Sus besos sumados al pequeño cohete que tiembla en mi interior me están volviendo loca. Ya no puedo evitar suspirar y jadear y, justo en el momento en el que el orgasmo se acerca inexorablemente, Gabriel vuelve a su sitio, pulsa el botón que baja el cristal interior y el chofer vuelve a entrar en la escena. Me incorporo yo también, en el límite de una explosión frustrada en pleno clímax. Estoy más frustrada que nunca.

Gabriel me abre la puerta cuando bajamos del coche pero a mis piernas

vacilantes les cuesta mantenerse en pie. Me toma en sus brazos como una recién casada, entra en el chalet y me sube hasta el primer piso. Abre la puerta acristalada con el pie y me coloca delicadamente en una de las tumbonas acolchadas dispuestas bajo el cenador de la terraza. Se han acumulado cinco centímetros de nieve sobre los balcones en flor y estalactitas heladas penden de las barandillas caladas. La noche ha caído en Gstaad pero la cálida luz que sale del interior del chalet ilumina débilmente la terraza. Una estufa de exterior chisporrotea y adquiere un tono rojizo sobre nosotros. La mezcla del aliento cálido y del aire glacial, los juegos de sombras y el imponente silencio que reina en las montañas me asustan y me superan. Sólo la presencia de Gabriel me devuelve a la realidad. Tengo la impresión de que somos las únicas personas del mundo, de que el tiempo se ha detenido. Sus gestos llenos de dulzura y benevolencia me tranquilizan pero la determinación que leo en sus ojos, el brillo bestial que acaba de encenderse en estos me hacen sentirme en peligro. Mi amante pícaro y goloso de la cena se ha convertido en un depredador implacable al que nada puede detener. Yo, acostada, aterida y vulnerable ; él, de pie, me domina desde arriba, me abrumba con su carisma y me excita como nunca.

Se desabrocha el abrigo y lo deja caer sobre la nieve, se acerca a mi tumbona y se pone de cuclillas para desnudarme. En tan solo unos minutos, me encuentro totalmente desnuda, con los pechos tensos por el frío, la piel rosada por la potente estufa, el sexo ardiente y los labios exhalando un humo tibio en la atmósfera glacial. Gabriel se desnuda, lentamente, dejándome admirar su potente erección. Nunca había visto un sexo de un hombre tan bello. Se sienta cerca de mí, coge un puñado de nieve y la esparce sobre mi pecho. Su lengua caliente chupa la nieve fundida sobre mis duros pezones. Arranca la estalactita del balcón y pasa la punta helada por mis labios antes de metérmela suavemente en la boca. Mi lengua da vueltas sobre ella, la chupo y me trago las gotas de hielo fundido, consciente de la metáfora que ambos tenemos en mente. La estalactita sigue su paseo sobre mi piel, mi cuello, entre mis pechos, a lo largo de mi vientre hasta llegar a mis labios. El hielo anestesia mi clítoris hinchado de deseo. Los dedos de Gabriel sustituyen al tímpano y vuelven a encender mi fuego interior. Me saca el huevo insertado en mi sexo y ese vacío repentino

me parece insoportable. Quiero que me llene. No puedo volver a sufrir la frustración del asiento del coche. Necesito su cuerpo, el contacto de su piel sobre la mía, sus músculos tensos en plena acción, su carne bajo mis uñas, su sexo en el mío. En ese momento, no sólo son ganas, es una cuestión de vida o muerte.

—A veces, sabes ser paciente.

—No, ya no puedo más.

—¿Estás segura?

—Te lo suplico.

—¿Me esperarás?

—Sí.

—¿Cómo lo harás?

—Lo intentaré.

—No es suficiente.

—¡Te esperaré!

—Prométemelo.

—Lo prometo.

—No me decepciones

Este diálogo absurdo, entre jadeos, no hace sino alentar mi impaciencia, mi urgencia. Por fin, Gabriel decide satisfacerme y recuesta su cuerpo caliente y pesado sobre el mío. Toma su sexo con la mano y lo introduce en mi vagina húmeda. Degustamos juntos esta primera penetración y suspiramos al unísono. Él se desliza en mí más fuerte. Yo, hambrienta, levanto las caderas y le rodeo la cintura con las piernas para darle más espacio. Me penetra profunda y vigorosamente ; yo intento apretar las piernas cruzando los tobillos detrás de sus nalgas mientras que él se agarra al montante de madera de la tumbona. Nuestros cuerpos, perfectamente encajados, en osmosis, se ondulan a un ritmo desenfrenado. Siento cómo el orgasmo me invade, desde la punta de mis pies hasta la raíz del cabello. Gabriel me asesta un golpe con la cadera y se inmoviliza en lo más profundo de mí.

—¡Todavía no! Te lo prohíbo.

Continúa con sus vaivenes furiosos que aumentan mi placer y me hacen gritar en la noche silenciosa. Sus alaridos responden haciendo eco y su cuerpo tenso y exaltado convulsiona en el mío.

– Ahora...

Mi placer le obedece instantáneamente y me abandono a este éxtasis desbocado llorando con lágrimas ardientes de placer.

—Te quiero.

En mis últimos temblores, rezo por que no haya oído lo que acabo de decir. El aire está más frío que nunca.

**En la biblioteca:**

## **Suya, cuerpo y alma - Volumen 1**

*"Suya, cuerpo y alma es sin duda la mejor novela erótica publicada desde Cincuenta sombras de Grey."*

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

